

INTRODUCCIÓN

De las novedades que durante mi estancia en los Estados Unidos atrajeron mi atención, ninguna sobresale tanto entre mis recuerdos como la igualdad de clase, común á todos los ciudadanos. Descubrí allí sin trabajo la influencia provechosa que ejerce este hecho primordial en la sociedad. Él da al espíritu del pueblo una determinada dirección y cierto curso á las leyes; á los gobiernos máximas nuevas en que inspirarse, y particulares hábitos á los gobernados.

Pronto reconocí que este mismo hecho, que ejerce poderosa influencia aun más allá que sobre las costumbres políticas y las leyes, y no tiene menos imperio sobre la sociedad que sobre el gobierno, creaba opiniones, hacía nacer sentimientos, sugería usos y modificaba todo aquéllo que él no producía.

Así, pues, á medida que estudiaba la sociedad americana, veía más claro en la igualdad de la condición social de los hombres, el hecho generador del cual parecían descender todos los hechos particulares, y le hallaba sin cesar ante mí, como un punto central en el que convergían mis observaciones.

Entonces retorné mi pensamiento hacia nuestro hemisferio y me pareció distinguir aquí algo análogo al espectáculo que me ofrecía el Nuevo Mundo. Divisé la igualdad de clases, que, sin alcanzar aún, como en los Estados Unidos, sus últimos límites, se aproximaba más cada día, y á la misma democracia, que reinaba sobre las sociedades americanas, me parecía también verla en Europa ir

adelantando rápidamente hacia el poder; y desde este momento, concebí la idea de escribir el libro que tenéis ante los ojos.

Una gran revolución democrática se realiza entre nosotros. Todos la ven, pero no la juzgan de igual manera. Los unos la consideran como una cosa nueva y, tomándola por un mero accidente, aún esperan poder contenerla, mientras que los otros la juzgan irresistible, porque la consideran como el fenómeno más continuo, más antiguo y permanente que se observa en la historia.

Me remito por unos momentos á lo que Francia era hace setecientos años, y la encuentro repartida entre un número reducido de familias, que poseían la tierra y gobernaban á sus habitantes. Entonces el derecho de mandar se transmitía por la herencia, de generación en generación. Los hombres no tenían otro medio de actuar los unos sobre los otros, más que la fuerza, y allí no se descubre más sino un origen solamente del poder: la propiedad territorial.

Mas he aquí que se forma y extiende el poder político del clero. Éste abre sus filas á todos, al pobre y al rico, al villano y al noble. La igualdad comienza á penetrar mediante la Iglesia, en el seno del gobierno, y muchos de aquéllos que hubieran vegetado, como siervos, en una esclavitud sin límite, se colocan, como sacerdotes, entre los nobles y llegan á las veces á servir á los reyes de asesores.

La sociedad, tornándose día por día más civilizada y estable, va dando lugar á que las relaciones entre los hombres se vayan haciendo más complicadas y numerosas. La necesidad de tener una legislación civil se va haciendo sentir vivamente, y entonces aparecen los legistas. Salen del obscuro recinto de los tribunales, de las polvorosas covachuelas de las escribanías y van á sentarse en el tribunal del príncipe, al lado de los barones feudales cubiertos de armiño y de hierro.

Los reyes se arruinan en grandes empresas guerreras; los nobles se lanzan á luchas privadas; los pecheros se enriquecen mediante el comercio, y la influencia del dinero comienza á pesar en los asuntos del Estado. El negocio es una nueva fuente de poder, y los financieros adquieren cierto poderío político, al cual, á la par que se le desprecia, se le adula.

Poco á poco, los conocimientos van extendiéndose; el gusto

literario aparece y el amor á las artes; el talento se convierte en un elemento de éxito en la vida colectiva; la ciencia es un medio de gobierno; la inteligencia, una fuerza social; los letrados empiezan á manejar los negocios.

Á medida que se descubren nuevos caminos para llegar al poder, se ve que desciende el mérito del nacimiento. En el siglo xi, la nobleza era de un valor inestimable; en el siglo xiii, se la compra; la primera ejecutoria se concedió en 1270, y la igualdad se introdujo al fin en el gobierno, por la misma aristocracia.

Durante los setecientos años que venimos considerando, acontece alguna vez que, ya para que luche contra la real autoridad, ya para que les quite el poder á los rivales de ellos, los nobles fueron dándole al pueblo poder político.

Aún con más frecuencia, se vió á los reyes dar participación en el gobierno á las clases inferiores, á fin de abatir á la aristocracia.

Los reyes de Francia se han mostrado los más activos y satisfechos de los niveladores. Cuando han sido ambiciosos y fuertes, han trabajado por llevar al pueblo al nivel de los nobles; cuando han sido moderados y débiles, han permitido que el pueblo se elevase aun por encima de ellos mismos. Los unos han ayudado á la democracia, con sus talentos; los otros, con sus vicios. Luis XI y Luis XIV, cuidaron de igualarlo todo, del trono abajo, y Luis XV descendió con su alto tribunal hasta el polvo.

Desde que los ciudadanos comenzaron á poseer sus tierras de otro modo que mediante la enfiteusis feudal, y la riqueza mobiliaria, viniendo á ser conocida, pudo á su vez crear la influencia y conferir el poder: no se hizo descubrimiento alguno en las artes, no se introdujo ningún perfeccionamiento en el comercio ni la industria, que no fuesen otros tantos elementos de igualdad entre los hombres. Á partir de aquel momento, cuantos procesos se descubren en la marcha de la vida, todas las necesidades que nazcan, todos los deseos que demandan ser satisfechos, son progresos hacia la nivelación universal. El gusto por el lujo, el amor á la guerra, el imperio de la moda, las pasiones más superficiales del corazón humano, como las más profundas, parecen trabajar concertadamente para empobrecer á los ricos y enriquecer á los pobres.

Luego que los trabajos de la inteligencia se convirtieron en

manantiales de fuerza social y de riquezas, cada desenvolvimiento de la ciencia, cada conocimiento nuevo, cada nueva idea, se deberá considerar como un germen de poder, que viene á fomentar la importancia del pueblo. La poesía, la elocuencia, la memoria, las gracias del espíritu, los fantasmas de la imaginación, la profundidad del pensamiento, cuantos dones el cielo repartiera al azar, serán nuncios de la democracia, y aunque se hallen poseídos por los adversarios de ella, la servirán, poniendo de relieve la grandeza natural del hombre; sus conquistas se extenderán con las de la civilización y la sabiduría, y la literatura será un arsenal abierto á todos, en el cual los pobres y los débiles vendrán de continuo á buscar armas.

Cuando se repasan las páginas de nuestra historia, no se encuentran, se puede así decir, en los últimos setecientos años, grandes acontecimientos, que no se hayan convertido en provechosos para la igualdad.

Las Cruzadas y las guerras con los ingleses, diezmaron á los nobles y dividieron sus territorios; la institución de las comunidades introdujo la libertad democrática en el seno de la monarquía feudal; el descubrimiento de las armas de fuego, igualó á nobles y villanos en el campo de batalla; la imprenta vino á ofrecer iguales recursos á las inteligencias; el correo depositaba la cultura lo mismo ante la cabaña del pobre, que en las puertas de los palacios; el protestantismo sostenía que los hombres se hallaban por igual en estado de encontrar el camino del cielo. El descubrimiento de América presentó á la fortuna mil rutas nuevas, y libró de oscuros aventureros las riquezas y el poder.

Si á partir del siglo xi, examináis lo que sucede en Francia de cincuenta en cincuenta años, hallaréis que transcurridos cada uno de estos períodos, una doble revolución se ha operado en el estado de la sociedad. El noble habrá bajado en la escala social; el pechero se habrá elevado en ella; el uno descende y el otro sube. Cada medio siglo los aproxima más, y pronto llegarán á encontrarse.

Y esto no sucede solo en Francia. Adonde quiera que dirijamos la mirada, percibiremos la misma revolución, la cual se efectúa en todo el orbe cristiano.

Por donde quiera se ve á los diversos incidentes de la vida de

los pueblos venir todos en provecho de la democracia; todos los hombres la ayudan con sus esfuerzos: lo mismo aquéllos que se propusieran influir en pro de sus triunfos, que los que ni siquiera imaginaran servirla; los que han combatido por ella y los que se han declarado sus enemigos, todos, la han empujado más ó menos en la misma dirección y todos han trabajado por ella en común, los unos á su pesar, los otros á su placer, ciegos instrumentos entre las manos de Dios.

• El desenvolvimiento gradual de la igualdad de clases no es, pues, sino un hecho providencial, y de tal tiene los principales caracteres, á saber: es universal, durable, escapa más cada vez á la acción del poder humano, y todos los acontecimientos, así como todos los hombres, sirven á su desenvolvimiento.

¿Sería prudente creer que un movimiento social que de tan lejos viene, puede ser suspendido por el solo esfuerzo de una generación? ¿Se pensará que, después de haber destruído el feudalismo y vencido á los reyes, pueda la democracia retroceder ante los burgueses y los ricos? ¿Se arrestará nadie á decir que ella se ha hecho fuerte y débiles á sus adversarios?

• Á dónde iremos á parar, nadie sabría decirlo, porque faltan ya los términos de comparación en que fundar el cálculo; en nuestros días, son las condiciones entre los cristianos, más iguales que lo hayan sido jamás en todo tiempo y en país alguno; así es que la grandeza de lo que hay ya hecho impide ver lo que se puede hacer todavía.

• Este libro ha sido escrito en su totalidad bajo la impresión de una especie de religioso terror, que ha producido en el alma del autor mismo de tal obra la vista de aquella revolución irresistible que marcha desde hace tantos siglos removiendo numerosos obstáculos, y que aún hoy se la ve avanzar en medio de las ruinas causadas por ella misma.

No es necesario que el mismo Dios nos hable, para que descubramos signos ciertos de cuál sea su voluntad; basta para ello examinar cuál es la marcha habitual de la naturaleza y la tendencia continua de los acontecimientos; yo bien sé, sin necesidad de que el Criador me deje oír su palabra, que los astros van describiendo en el espacio las curvas que les ha trazado el dedo providencial.

• Si repetidas observaciones y meditaciones sinceras conducen á

los hombres de nuestros días á reconocer que el desenvolvimiento gradual y progresivo de la igualdad es á la vez el porvenir y el pasado de la historia humana, este solo descubrimiento serviría para dar á aquel desenvolvimiento el carácter sagrado de toda obra del Supremo Señor. Querer contener la democracia en su marcha, parecería luchar contra Dios mismo, y no les quedaría á las naciones más camino que el de acomodarse al estado social que les impone la Providencia.

Los pueblos cristianos me parece que ofrecen actualmente un pavoroso espectáculo; el movimiento que los empuja es ya demasiado fuerte para que se le pueda suspender; pero no es tan rápido que dé lugar á que se desespere de dirigirle; su suerte aún está entre las manos, pero pronto se escapará de ellas.

• Instruir la democracia, reanimar, si es posible, sus creencias, regular sus movimientos, substituir poco á poco la ciencia de los negocios á su inexperiencia, el conocimiento de sus verdaderos intereses á sus ciegos instintos; adaptar su gobierno á los tiempos y á los lugares, modificarlo según las circunstancias y las personas: tal es el deber primero que, en el tiempo presente, se impone á los hombres que dirigen la sociedad.

• Es necesario una nueva ciencia política, para una sociedad totalmente nueva.

Pero casi no hemos pensado en esto. Colocados en medio de un río que se desliza con rapidez, tenemos obstinadamente fijos los ojos en algunas ruinas que aún se perciben allá en la ribera, y mientras, la corriente nos arrastra y va llevando á reclusas hacia el abismo.

No hay pueblo alguno en Europa donde la gran revolución social que acabo de referir, haya hecho más rápidos progresos que en el nuestro.

Jamás los jefes de Estado pensaron en hacer nada por ella; sola se ha realizado, á pesar de ellos y sin que lo sepan. Las clases más pudientes, las más morales y las más inteligentes del país, no han hecho nada por apoderarse de ella y dirigirla. La democracia, pues, ha quedado abandonada á sus salvajes instintos, ha crecido como los niños que, sin el amparo de los cuidados paternales, se educan abandonados á sí mismos en las calles y plazas de nuestras poblaciones, sin que conozcan de la sociedad más que los

vicios y las miserias. Podría pasar que se desconociera la existencia de tal revolución, cuando ella se hubiere apoderado de improviso del poder. Cada uno entonces acataría servilmente sus menores deseos, se la adoraría como la imagen de la fuerza, y cuando se debilitara por sus propios excesos, los legisladores acordarían su imprudente destrucción, en lugar de hacer por instruirla y guiarla y, sin intentar enseñarla á gobernar, sólo pensarían en rechazarla del gobierno.

Resultado de aquella imprevisión, es que la revolución democrática se ha operado en lo material de la sociedad, sin que se haya introducido en las leyes, las ideas, los hábitos y las costumbres, el cambio que hubiera sido necesario para hacer útil tal revolución. Así es que tenemos la democracia y carecemos de lo que hace que sus vicios se corrijan y que surjan sus naturales ventajas; y á la par que vemos los males que consigo arrastra, desconocemos los bienes que podría proporcionar.

Cuando el poder real, apoyado en la aristocracia, gobernaba en paz los pueblos de Europa, la sociedad, aun en medio de sumisera, gozaba de muchos bienes, que difícilmente se podrían hoy concebir.

La pujanza de algunos súbditos elevó sobre cúlmenes insuperables la tiranía del príncipe; y los reyes, sintiéndose en adelante revestidos á los ojos del pueblo de un carácter casi divino, apoyaron sobre el respeto mismo que inspiraban ellos, el firme propósito de no abusar de su poder.

Colocados á una inmensa distancia del pueblo los nobles, se tomaban por él, sin embargo, un interés vigilante y tranquilo, como el del pastor por su rebaño, y, aun sin llegar á ver sus iguales en los pobres, velaban por su destino, como si hubieran sido un depósito puesto en sus manos por la Providencia.

No habiendo aún concebido el pueblo la idea de otro estado social que aquel en que se hallaba, no imaginó nunca que podría igualarse á sus jefes, y recibía de ellos los beneficios sin discutirle sus derechos. Los amaba cuando eran clementes y justos, y se sometía sin violentarse y sin bajeza á sus rigores, como á un mal inevitable que Dios les enviara. Los usos y las costumbres establecieron límites á la tiranía y fundaron una especie de derecho, aun en medio de la fuerza.

Como no tenía idea siquiera el noble, de que se pudiera querer arrebatarse sus privilegios, creídos legítimos por él, y consideraba el siervo su inferioridad como un efecto del orden inmutable de la naturaleza, se concibe bien que se pudiera establecer una especie de recíproca buena voluntad entre estas dos clases que, de modos tan diferentes, participaban de la fortuna. Se mostraban en la sociedad entonces la desigualdad y la miseria, pero las almas no estaban degradadas.

Ni es el uso del poder, por una parte, ni el hábito de la obediencia por otra, lo que deprava á los hombres, sino la persistencia de algún poder que consideren ilegítimo y la obediencia á una soberanía que consideren como usurpada y opresora.

De un lado estaban los bienes, la fuerza, la holganza, y con ellos los refinamientos del lujo y del gusto, los placeres del espíritu y el culto á las artes; de otro lado se hallaban el trabajo, la grosería y la ignorancia.

Pero en el seno de la multitud ignorante y grosera, se hallaban las más enérgicas pasiones, los sentimientos generosos, las más arraigadas creencias y las virtudes salvajes.

El cuerpo social así organizado podía tener estabilidad, poderío y sobre todo, gloria.

Pero he aquí que las clases llegan á confundirse; que las barreras elevadas entre los hombres se rebajan; que el poder se reparte, los conocimientos se difunden y se igualan, por el saber, las inteligencias; que el estado social se hace democrático y el imperio de la democracia queda establecido, en fin, pacíficamente en las instituciones y en las costumbres. Yo concibo entonces la posible existencia de una sociedad en la cual, mirando todas las leyes como su obra común, las amarían y se someterían á ellas sin contrariedad alguna por su parte; donde siendo la autoridad del gobierno respetada como necesaria y no como divina, el amor que se pondría en el jefe del Estado no sería una pasión, sino un sentimiento razonado y tranquilo. Participando allí todos del derecho, y estando seguros de conservarlo, estableceríase entre todas las clases una gran confianza y cierta especie de condescendencia recíproca, tan lejana del orgullo, como de la bajeza.

Instruido el pueblo respecto á sus verdaderos intereses, comprendería que para aprovecharse de los bienes de la sociedad, es

necesario someterse á sus cargas. La asociación libre de los ciudadanos podría entonces reemplazar al individual poderío de los nobles, y el Estado se hallaría lo mismo al abrigo de la tiranía, que de la licencia.

Bien comprendo que en un Estado democrático así constituido, la sociedad no habrá de ser inmóvil, pero los movimientos del cuerpo social podrían ser allí regulados y progresivos; y si bien hay menos esplendor que en las aristocracias, también hay menos miseria; los goces serán menos intensos y el bienestar más general; las ciencias menos grandes (1) y la ignorancia más rara; el sentimiento menos enérgico y los hábitos más dulces; se hallarán más vicios y menos crímenes (2).

Á falta del entusiasmo y del ardor en las creencias, los conocimientos y la experiencia merecerán allí de los ciudadanos la mayor adhesión y hasta grandes sacrificios; sintiéndose los hombres igualmente débiles, experimentarán la misma necesidad unos de otros, y reconociendo cada uno que no puede obtener el apoyo de los demás, sino á condición de prestarlos su concurso, descubrirá sin esfuerzo que su interés particular se confunde con el interés general.

Dividida la nación en cuerpos, será menos brillante, menos gloriosa, menos fuerte á caso, pero la mayoría de los ciudadanos gozará de una suerte más próspera, y el pueblo se mostrará apacible, no porque desespere de ser mejor, sino porque se hallará bien.

Si todo no fuera bueno y útil en un orden semejante de cosas, la sociedad, al menos, se apropiaría todo lo que tal orden le pudiese ofrecer de útil y bueno, y los hombres, abandonando para siempre las ventajas sociales que la aristocracia les pudiera proporcionar, harían que la democracia tomara de ésta cuantos bienes pudiera ofrecer.

(1) No sé por qué haya de ser la ciencia menos grande que en las aristocracias, en las democracias. Podrá estar más extendida ó más adelantada en un pueblo que en otro ó en un tiempo dado, comparado con otro tiempo. Y más bien creo que las democracias favorezcan su desarrollo, mejor que las aristocracias y la monarquía.—*(N. del T.)*

(2) He aquí otra afirmación tan infundada como la que ya hemos anotado.—*(N. del T.)*

Pero habiendo nosotros abandonado el estado social de nuestros abuelos y arrojado acá y allá detrás de nuestra marcha, sus instituciones, sus ideas y sus costumbres, ¿qué es lo que hemos puesto en su lugar?

El prestigio del Poder real se ha desvanecido, sin ser sustituido por la majestad de las leyes; en nuestros días desprecia el pueblo la autoridad, pero la teme, y el miedo consigue más de él que lo que antes conseguía el respeto y el amor.

Veo que hemos destruído las condiciones individuales que podían luchar separadamente contra las tiranías y hallo, en cambio, que el gobierno hereda sólo todas las prerrogativas arrancadas á las familias, á las corporaciones y á los individuos; á la fuerza, alguna vez opresora, pero conservadora generalmente de un reducido número de ciudadanos, ha sucedido una común debilidad.

La división de las fortunas ha disminuído las distancias que separaban á los pobres de los ricos, y al aproximarse unos y otros, parece que han encontrado nuevas razones para odiarse, y arrojándose recíprocas miradas de rencor y envidia, se rechazan mutuamente del Poder. Así para los unos como para los otros, la idea del derecho parece que no existe y que es la fuerza la única razón que en el presente admiten, y la única garantía que reconocen para el porvenir.

El pobre ha conservado la mayor parte de los prejuicios de sus antecesores, sin conservar ninguna de sus creencias; la ignorancia de éstos, sin sus virtudes; ha admitido para regla de sus acciones la doctrina del interés, con desprecio de la ciencia, y aun su egoísmo se halla también desprovisto de la luz que antiguamente arrojará sobre él, de cuando en cuando, el espíritu de sacrificio.

La sociedad es tranquila, no parece que tenga conciencia de su fuerza ni de su bienestar, sino más bien parece que se cree débil y enfermiza, temiendo morir si hace algún esfuerzo. Cada uno siente de por sí el mal; ninguno tiene el valor y la energía que se necesitan para buscar el mejoramiento; se tienen los deseos, tristezas, desazones y goces que nada visible ni durable producen, semejantes á las pasiones de los viejos, que no sirven sino para fomentar su agotamiento.

Hemos, pues, abandonado cuanto el estado antiguo tenía de bueno, sin adquirir lo que el estado actual podría tener de útil;

hemos destruído una sociedad aristocrática y, parándonos completamente en medio de las ruinas del antiguo edificio, parece que aspiramos á estacionarnos allí para siempre.

No es menos deplorable lo que en el mundo intelectual sucede. Contenida en su marcha ó abandonada, sin ningún apoyo, á sus pasiones desordenadas, la democracia de Francia trastornó todo cuanto halló á su paso, quebrantando aquéllo que no destruía. No se la veía ir apoderándose poco á poco de la sociedad, á fin de establecer en ella un imperio; no dejó nunca de ir marchando en medio de los desórdenes y de la agitación propios de un combate. Animados por el calor de la lucha, empujados hasta más allá de los límites naturales de sus opiniones, por las opiniones y los excesos de los adversarios, todos pierden de vista el objeto que persiguen, y usan un lenguaje que no corresponde á sus verdaderos sentimientos ni á sus secretas inclinaciones. De aquí la extraña confusión que nos vemos obligados á presenciar.

Yo busco en vano entre mis recuerdos algo que fuera más lastimoso y digno de piedad que esto que ante nuestros ojos pasa. Parece que se ha desatado en nuestros días el lazo natural que unía las opiniones á los gustos y los actos á las creencias; la simpatía, que ha sobresalido en todo tiempo entre los sentimientos y las ideas de los hombres, parece extinguida, y se podría decir que todas las leyes de la analogía moral se han abolido.

Todavía se hallan cristianos entre nosotros poseídos de ese celo según el cual el espíritu religioso desea nutrirse de verdades de la otra vida y querrían sin duda proceder en favor de la libertad humana, fuente de toda grandeza moral. El cristianismo, que ha establecido la igualdad de todos los hombres ante Dios, no ha de repugnar que sean iguales ante la ley todos los ciudadanos. Mas, por una rara coincidencia de acontecimientos varios, la religión se halla por el momento ligada con los poderes que bate la democracia, y le ocurre con frecuencia rechazar la igualdad misma que ama y maldecir la libertad como un adversario de ella, mientras que si la tomara de la mano, podría santificar sus esfuerzos.

Al lado de tales hombres religiosos, otros descubro que han dirigido sus miradas hacia la tierra, más bien que hacia el cielo; éstos, partidarios de la libertad, no solamente porque vean en ella el origen de las más nobles virtudes, sino porque también la con-

sideran como el manantial de los mayores bienes, desearían sinceramente asegurar su imperio y hacer que todos los hombres gustaran de sus beneficios. Creo que tales individuos querrían llamar á la religión en su ayuda, porque deben saber que no se puede establecer el reino de la libertad sin que le acojan las costumbres ni las costumbres pueden formarse sin el apoyo de las creencias; pero han visto que la religión se halla entre el bando de sus adversarios, lo cual es muy ventajoso para éstos, y los unos la atacan y los otros no la defienden.

Los pasados siglos vieron almas bajas y venales que preconizaban la esclavitud, en tanto que los espíritus independientes, los corazones generosos, luchaban sin esperanza por salvar la libertad humana, y aún se hallan en nuestros días hombres, naturalmente nobles y bravos, cuyas opiniones están en oposición con sus gustos, que alaban el servilismo y la bajeza, que por sí mismos nunca practicaron. Hay otros, por el contrario, que hablan de la libertad como si fuesen capaces para sentir lo que hay en ella de grande y de santo, y que reclaman ruidosamente en favor de la humanidad derechos que desdeñaron siempre.

Veo que hay hombres virtuosos y pacíficos cuyas costumbres, hábitos tranquilos, posición bien acomodada y discreción, les colocan á la cabeza de las poblaciones que respectivamente los rodean. Llenos de sincero amor por la patria, se hallan siempre dispuestos para los mayores sacrificios en bien de ella, y, sin embargo, suele tener la civilización en estos hombres, verdaderos adversarios, porque confunden los abusos de la misma con sus beneficios, pues en la mente de ellos la idea de mal y la de novedad, se hallan indudablemente unidas.

Además, hay otros que, en nombre del progreso, se esfuerzan por materializar al hombre, queriendo encontrar lo útil sin preocuparse de lo justo; las ciencias, lejos de las creencias, y el bienestar, separado de la virtud. Á tales hombres se los llama campeones de la civilización moderna, y se ponen insolentemente á su cabeza, usurpando un lugar que se les abandona y con el cual su propia indignidad pugna.

¿Dónde estamos, pues? ¡Los hombres religiosos combaten la libertad, y los amigos de la libertad atacan la religión; espíritus nobles y generosos alaban la esclavitud, y almas bajas y serviles

preconizan la independencia; los ciudadanos honrados y esclarecidos son enemigos de todo progreso, mientras que los hombres sin patriotismo y de costumbres equívocas se constituyen ellos en apóstoles de la civilización y la luz!

¿Se han parecido, acaso, al nuestro los demás siglos? ¿Ha tenido el hombre siempre ante los ojos, como tiene ahora, un mundo en el que andan todas las cosas desligadas de sus racionales enlaces, donde sea posible la virtud, sin genio, y el genio, sin honor; donde el amor al orden se confunde con el apego á la tiranía y el santo culto de la libertad, con el desprecio de las leyes; donde la recta conciencia solo arroje un pálido reflejo sobre la conducta humana; donde nada parece ser ni permitido, ni vedado; ni honrado ni bochornoso; ni verdadero ni falso?

¿Habrà que pensar que Dios ha hecho al hombre para dejarlo ir dando tumbos sin cesar en medio de las miserias intelectuales que nos rodean? No podría esto creerse. Dios prepara las sociedades europeas para que gocen de un porvenir más estable y tranquilo. Ignoro los providenciales designios; pero no cesaré de confiar en ellos, ya que no pueda penetrarlos, y antes dudaría de mis propias luces, que de su justicia.

Hay un país en el mundo, en el cual la gran revolución social de que vengo hablando, parece haber alcanzado casi por completo su natural extensión; allí se ha realizado de una manera sencilla y fácil, y más bien se podría decir que tal país goza de los resultados de la revolución democrática que se realiza entre nosotros, sin haber experimentado la revolución en sí misma.

Los emigrantes que fueron á establecerse en América al comenzar el siglo xvii, separaron en cierto modo la democracia de todo aquéllo contra lo cual luchaba en el seno de las viejas sociedades de la Europa, y la trasplantaron sola á las costas del Nuevo Mundo. Allí ha podido la democracia fomentar su libertad y, marchando con las costumbres, desenvolverse pacíficamente en las leyes.

Me parece fuera de dudas que, tarde ó temprano, llegaremos, como los americanos, á la casi completa igualdad de clases. No diré, sin embargo, que estemos llamados á sacar algún día necesariamente de semejante estado social las consecuencias políticas que los americanos han sacado. Lejos de mí el creer que éstos

hayan encontrado la única forma de gobierno que la democracia pueda tener; pero basta que en los dos países la causa generadora de las leyes y las costumbres sea una misma, para que tengamos un interés inmenso en saber lo que haya podido producir en cada uno de ellos.

No es solamente tampoco por satisfacer una mera curiosidad, además muy legítima, por lo que yo examinaré la democracia en América; es que quiero también deducir enseñanzas de que podamos aprovecharnos. Se equivocaría mucho el que pensara que trato de hacer aquí un panegírico. Cualquiera que lea este libro quedará convencido de que no ha sido ese mi propósito. Mi fin no es otro que el de preconizar aquella forma de gobierno en general, porque yo soy de los que creen que no hay nunca una bondad absoluta en las leyes. No he pretendido en esta obra juzgar si la revolución social, cuya marcha me parece inevitable, será ventajosa ó funesta para la humanidad. He admitido esta revolución como un hecho consumado ó próximo á consumarse, y de entre los pueblos que la han visto desenvolverse en su seno, he buscado para mis observaciones á aquél en el cual se ha desarrollado más completa y pacíficamente, á fin de discernir las consecuencias naturales de ella y deducir, si se puede, los medios de que sea provechosa para todos los hombres. Confieso que en la América he visto más que la América misma: he procurado ver en ella una imagen de la democracia, de sus inclinaciones, de sus prejuicios, de su carácter y de sus pasiones. He querido conocerla, no más bien por averiguar lo que de ella puede esperarse, que lo que debe temerse.

En la primera parte de esta obra he procurado demostrar la dirección que la democracia, entregada en América á sus inclinaciones y abandonada casi por completo á sus instintos, habrá de dar naturalmente á las leyes, la marcha que imprima el gobierno y, en general, la gran influencia que tendrá en los negocios. He querido saber cuáles sean los bienes y los males producidos por ella. He indagado las precauciones de que se han valido los americanos para dirigirla y cuáles han omitido, y he procurado entrever las causas que la permiten gobernar la sociedad.

Me había propuesto describir en una segunda parte la influencia que ejerce en América la igualdad de condiciones sociales y el gobierno de la democracia sobre los hábitos, las ideas y las cos-

tumbres; pero comienzo á sentir menos entusiasmo por el cumplimiento de este propósito. Además, antes que con esto pudiera dar por terminada la línea de conducta que me he trazado, mi trabajo habrá de resultar inútil. Otro autor mostrará muy pronto á los lectores los rasgos principales del carácter americano y, envolviendo en un ligero velo la gravedad de los cuadros, prestará á la verdad una gracia de que yo no habría de adornarla (1).

No sé si lograré, como quisiera, dar á conocer lo que he visto en América, pero estoy seguro de haberlo procurado muy sinceramente y de haber cedido siempre á la necesidad de adaptar los hechos á las ideas de mis juicios, y no de haber sometido mis ideas á los hechos.

Cuando algún punto se haya podido apoyar en documentos escritos, he tenido necesidad de acudir á los textos originales y á las obras más auténticas y estimadas (2). He indicado en notas las fuentes de que me he valido, y así podrá, quien quiera, consultarlas. Respecto á cuanto se refiere á opiniones, usos políticos y costumbres, he procurado consultarlo con los hombres más esclareci-

(1) M. Gustavo de Beaumont, que fué compañero mío de viaje á América, se propone publicar en los primeros días del año de 1835, un libro titulado *Marie ó l'Esclavage aux Etats Unis*. El fin principal de M. Beaumont es el de poner de relieve y hacer que se conozca la situación de los negros en la sociedad anglo-americana. Su obra arrojará nueva y brillante luz sobre la cuestión de la esclavitud, cuestión vital para las repúblicas unidas. No sé si estoy equivocado; pero me parece que el libro de M. Beaumont, además de interesar vivamente, despertar hondas emociones y presentar escogidos cuadros, obtendrá un éxito más sólido y durable aún entre quienes, antes que todo, desean conocer verdades profundas é indubitables.

(2) Los documentos legislativos y administrativos se me han facilitado con una amabilidad que agradeceré siempre. Entre los funcionarios americanos que me han ayudado en mis indagaciones, citaré sobre todo á M. Edwar Livingston, entonces secretario de Estado. (Luego ministro plenipotenciario en París). Durante mi estancia en el congreso, M. Livingston, queriendo servirme, remitióme la mayor parte de los documentos que poseo relativos al gobierno federal. Dicho señor es uno de esos raros hombres que se hacen amar con sólo la lectura de sus escritos, á quienes así se les admira y se les honra aun antes de conocerlos, y respecto á los cuales es honroso sentirse en deber de gratitud.

dos. Si se trataba de algo importante y á la par dudoso, no me he conformado con un testimonio solamente, sino que he procedido según el acuerdo de un concurso de testigos.

Es necesario que ahora me crea el lector bajo mi palabra. Yo hubiera podido muchas veces citar en apoyo de lo que dijese la autoridad de nombres muy conocidos, ó que son, al menos, dignos de que se les conozca, pero he tenido buen cuidado de no hacerlo. El extranjero suele aprender importantes verdades junto al hogar de su huésped y, de labios de éste, verdades que acaso él ocultaría á sus propios amigos, y uno, dispensándose de conversar por tener que someterse á un natural y obligado silencio, no tiene que temer nada de su propia indiscreción. Cada una de estas confidencias era por mí al punto registrada, pero no saldrán jamás de mi libro de notas. Quiero mejor negar las cosas así aprendidas, que confundirme con los viajeros que pagan con enojosas y embarazosas situaciones, la generosa hospitalidad que recibieron.

Bien sé que, no obstante el cuidado que en esta obra he puesto, nada es más fácil que criticarla, si es que alguien pensara en ello; pero aquéllos que quieran pasar la vista por encima de este libro, encontrarán en él siempre una idea madre que encadena, por decirlo así, todas sus partes. Pero la diversidad de objetos que he tenido que tratar es muy grande, y el que quiera oponer un hecho aislado al conjunto de los hechos analizados aquí ó una idea determinada al conjunto de las ideas aquí expuestas, triunfará sin esfuerzo. Quisiera, pues, que se me concediera la gracia de leer mi obra poseídos del mismo espíritu que ha presidido en mi ánimo al escribirla, y que se la juzgara por la impresión general que deja su lectura, lo mismo que yo me he dejado conducir en mi labor de escritor, no por esta á aquella razón, sino por la masa de razones.

Es menester que no se olvide que el autor que quiera ser comprendido, está obligado á llevar sus ideas hasta sus últimas consecuencias, aun hasta los límites de lo falso y lo impracticable, porque si alguna vez es necesario apartarse de las reglas de la lógica en las acciones, se podría esto hacer en el discurso, y el hombre halla casi tantas dificultades para ser inconsecuente en sus palabras, como de ordinario halla para ser consecuente en sus actos.

Acabaré señalando yo mismo lo que un gran número de mis lectores considerarán como el defecto capital de la obra. Este libro no se ha hecho en servicio de nadie particularmente, yo, al escribirlo, no he atendido á servir ni á combatir partido alguno, yo no he procurado en él, ver de otro modo que los partidos; sino más allá, y mientras ellos se ocupan del día siguiente, yo he querido columbrar más lejano porvenir.
